

Giambattista Vico: dos razones (entre otras) para no olvidar el *Settecento*

José Luis BERNAL
Universidad Nacional Autónoma de México

1. *Las luces en Europa*

Suele denominarse el *Settecento* (o siglo XVIII) *secolo dei lumi*, por ser la época de las luces, del *illuminismo*, de la *Aufklärung*, o de la Ilustración, y por ser éste el periodo antidogmático por excelencia, enemigo de la metafísica y de la religión, y promotor de muchos cambios en el Antiguo Régimen, muchos de los cuales son tan sobresalientes que su influencia llega a nuestros días. No es en vano que un autor como Ernst Cassirer haya caracterizado dicho siglo como el siglo de la crítica, pues anima la centuria un pensamiento reformista y universalista, promotor del libre examen, mediante las luces de la inteligencia, de todas las verdades que se tuvieran por tales, sin restricción ninguna y en todos los campos de la cultura humana: la ciencia, el arte, la filosofía, la teología y la política (cf. Cassirer, 1959). De esta manera se quería echar abajo los restos de lo que se consideraba feudalismo oscurantista.¹ Manifestaciones típicas de ese periodo son la fuerte crítica dirigida por los filósofos contra los gobiernos absolutistas, el afán de universalidad y el interés por popularizar el conocimiento mediante el gran proyecto de la Enciclopedia, además de los ideales de justicia y de igualdad entre todos los hombres que desembocaron en la definitiva afirmación de la teoría del contrato social, iniciada por Hobbes y consagrada por Rousseau, y que contribuyeron a desencadenar la Revolución Francesa de 1789.

¹ Sin embargo, ciertas estructuras del *Ancien Régime* continuaron vivas después de la Revolución: cf. el interesante tratado de Arno Mayer sobre el tema (Mayer, 1997), en donde el autor demuestra precisamente que el antiguo régimen permaneció “en las seis principales potencias europeas que se vieron implicadas en la Gran Guerra de 1914-1918”, (p. 11 y ss.).

En el arte, las formas, aunque en su mayoría neoclásicas, no pocas veces dan sustento a los ideales morales y cívicos que iban renovando la conciencia de la época. Con este ideario pretendía la clase intelectual ilustrada, los Rousseau, los Montesquieu, los D'Alembert, los Voltaire, los Feijoo, los Jovellanos, y otros muchos franceses y europeos célebres, modificar las viejas estructuras. En Italia, a ese mismo fin están encaminadas, desde su perspectiva artística particular, la revolución formal y de contenidos llevada a cabo por Carlo Goldoni en el género de la *Commedia dell'arte*, la nueva conciencia moral, percibida como necesaria para oponerla al ocio y la vacuidad de vida de la nobleza, nueva conciencia que fue expresada en el extenso poema *Il giorno* por Giuseppe Parini, y el surgimiento de un vehemente sentimiento antitiránico, revestido con ropajes clasicizantes y expresado en las tragedias del ya prerromántico Vittorio Alfieri, admirado años después tanto por el más moderno Ugo Foscolo como por el príncipe de los románticos, el sublime Giacomo Leopardi.

2. Las luces en Italia

En general, éstas son las características de la ilustración europea, que en Italia son más o menos las mismas, salvo algunas diferencias notables. Por ejemplo la lentitud de su expansión, el sometimiento de la península a la potencia española en el *Seicento* y la atmósfera de represión y de miedo provocado por la Inquisición y por el jesuitismo, habían entorpecido, durante los siglos anteriores, el desarrollo intelectual en Italia. Como lo ha señalado Francesco De Sanctis, la Inquisición y la educación jesuítica, que desde el Concilio de Trento (1545-1563) en adelante fueron los instrumentos que la Curia romana había utilizado para luchar contra la Reforma protestante, habían sido las causas del retardo en el desarrollo del movimiento intelectual italiano; y la historia de la lenta reconstrucción de la conciencia nacional está en la oposición a la Contrarreforma (De Sanctis, 1959: 653). Esta oposición, dolorosa y heroica, y que algunos estudiosos han negado que se encontrara en la literatura, está presente, sin embargo, en los siglos anteriores a la Ilustración, en las vidas y las obras ejemplares de filósofos naturales y científicos como Bernardino Telesio (1508-1588), famoso por su método científico, basado en la observación directa de la naturaleza; del fecundo astrónomo Galileo Galilei (1564-1642); de Giordano Bruno, mártir de la conciencia libre quemado en 1600 por la Inquisición; del napolitano Tommaso Campanella (1568-

1639), filósofo, poeta, adversario de la escolástica y autor de la *Città del sole* (una utopía platónica que propone una teocracia, pero gobernada por el Amor, la Razón y la Sabiduría), quien fue perseguido y torturado en cárceles españolas; y de muchos otros auténticos precursores de las luces, que tuvieron la desgracia de vivir en una Italia políticamente dividida y ocupada, presa de las ambiciones extranjeras y víctima de las guerras de religión. Con estos nombres, y con muchos otros que sería largo enumerar, la cultura italiana posterior al Renacimiento, la cultura ya barroca y luego arcádica, pese a las penurias políticas y sociales, continúa teniendo el primado en filosofía y en las ciencias exactas, a nivel europeo, cuando llega el racionalismo de René Descartes (1596-1650), quien podría ser considerado como el primer destello de aquellas luces.

Aunque su entrada sea lenta, el *illuminismo* encuentra ya preparado el terreno itálico por un entusiasmo por la misión de la ciencia que es el progreso y el mejoramiento del hombre. En este contexto, también abonado por una corriente de intelectuales: Ludovico Antonio Muratori (1672-1750), Scipione Maffei (1675-1755), Gianvincenzo Gravina (1664-1718), que, ejercitándose en el cultivo de la erudición histórica y arqueológica, contribuían a la recuperación de la conciencia histórica y a la maduración de la crítica, entra en la escena del pensamiento italiano Giambattista Vico.

3. El sistema viquiano

Giambattista Vico (1668-1744) es un representante del primer *illuminismo*, pero es un representante incomprendido en su momento. La principal razón de esta incompreensión es el aislamiento geográfico en que había nacido, en una pequeña ciudad del sur de Italia, en el reino de Nápoles. Asimismo, por su cultura, por sus conocimientos (era experto en la cultura grecorromana, en la filosofía antigua, en derecho romano, en historia y arqueología antiguas, profesor de retórica en Nápoles), y por la manera muy personal de afrontar las cuestiones más candentes de su época polemizando con los instrumentos epistemológicos del racionalismo cartesiano y del moderno liberalismo de John Locke (1632-1704) y de Francis Bacon (1561-1626), muchos no comprendieron en Italia la novedad y los altos vuelos al mismo tiempo metafísicos y dialéctico-históricos de su *Scienza nuova*. Natalino Sapegno ha afirmado que Vico fue lo contrario de su época:

[pues] siendo uno de los mayores filósofos de su siglo, se declaró resueltamente anticartesiano, señaló los límites y combatió las exageraciones del racionalismo y no ocultó su desinterés por las ciencias de la Naturaleza; siendo un filólogo agudo y doctísimo, ni anheló el orden, la exactitud minuciosa y escrupulosa ni la claridad expositiva que constituían la prez y la conquista de la nueva erudición y de la más madura filología del siglo XVIII (Sapegno, 1965: 314. Cap. XVI, “La estética y la filología en la época de Giambattista Vico”).

Sin temor de oponerse a la filosofía en boga, construyó un verdadero sistema que nada le pide a los de la filosofía antigua, por la importancia que en ella adquieren el hombre, las sociedades y en general la cultura. Pero ¿qué plantea la *Scienza nuova* o *Principi di una scienza nuova intorno alla comune natura delle nazioni*?

La historia, afirma Vico, es una ciencia. Y es la única ciencia o conocimiento que pueden adquirir los hombres, por la sencilla razón de que son ellos los que la hacen: “questo mondo civile egli certamente è stato fatto dagli uomini, onde se ne possono [...] ritrovare i principi dentro le modificazioni della nostra medesima mente umana” (Vico, 1968: 288. Libro I, “Dei principi”). Mientras que la naturaleza, como la hizo Dios, sólo él sabrá cómo está hecha. Vico, en forma brillante, considerando que se trata de un *protoilluminista*, se anticipa genialmente, con su propio lenguaje, a una afirmación posterior del plenamente ilustrado Kant. Vico señala que

[...] dee recar maraviglia come tutti i filosofi seriamente si studiarono di conseguire la scienza di questo mondo naturale, del quale, perché Iddio egli il fece, esso solo ne ha la scienza; e trascurarono di meditare su questo mondo delle nazioni, o sia mondo civile, del quale perché l’avevano fatto gli uomini, ne potevano conseguire la scienza gli uomini (289).

Mientras que Emanuel Kant (1724-1804) con su idealismo trascendental formulará, en términos no historicistas, sino puramente gnoseológicos, la teoría de que no es posible conocer por percepción inmediata la existencia de los objetos externos, por lo que sólo podemos conocer los mediante las categorías del entendimiento. De ahí que en Kant haya que diferenciar entre el fenómeno y el noúmeno, siendo el fenómeno lo que podemos intentar conocer mediante la razón, y el noúmeno lo que debemos dejar a la fe y a la metafísica.

Según Vico, la historia más remota puede reconstruirse interpretando los restos de las tradiciones que persisten en la historia de las sociedades que ya han alcanzado su pleno desarrollo: la Biblia, los mitos griegos y latinos, las leyendas sobre los orígenes de Roma, los poemas homéricos, las instituciones y costumbres de la Edad Media, etcétera. Estos restos culturales, el investigador va explicándolos como datos históricos que encierran una verdad que debemos desentrañar.

Esta afirmación del valor de la historia como construcción humana es algo fundamental: destaca la praxis humana en su hacerse a lo largo de los siglos, y al mismo tiempo no reniega de la fe en Dios, en una época en que hacerlo resultaba todavía peligroso en Italia. Por otra parte, así como hay una lógica del movimiento de las ideas, hay también una lógica en el movimiento de los hechos, una “historia ideal eterna”, sobre la cual se deslizan las historias particulares de las naciones. Por ejemplo, Vico descubre que todas las naciones, desde las más bárbaras hasta las más civilizadas, tienen religión, contraen matrimonios solemnes y sepultan a sus muertos, entre otras constantes (289). Como el mundo de las naciones ha sido hecho por los hombres, Vico busca la base del devenir histórico en la naturaleza del hombre, en su dualidad de espíritu y materia. Pero advierte que el hombre no es ni pura materia, como afirmaban los filósofos materialistas de la época, ni puro espíritu, como lo habrían querido quienes no se abrían a considerar al ser humano en su complejidad. Su sistema entonces es una psicología aplicada a la historia. Establece algunos cánones psicológicos que llama *degnità* o *principii* (traducción italiana del término griego *axómata*), que siguen un orden sucesivo y que se encuentran lo mismo en la vida de un individuo que en el desarrollo de las naciones. Hay entonces un paralelismo entre el desarrollo psicológico, intelectual y moral de los niños y el de los pueblos. Por ejemplo:

I. L'uomo [...] egli fa sé regola dell'universo (247, “Degli elementi”).

II. Ove gli uomini delle cose lontane e non conosciute non possono fare niuna idea, le stimano dalle cose loro conosciute e presenti (248).

El hombre, además, y no sólo el niño, en tanto que ser natural, obra por instintos, bajo la premura de sus necesidades, intereses y luego pasiones. Y a la inversa: hasta en la fase infantil se desarrolla como ser pensante, de modo que aún en sus obras más rudas, hay algo como una imagen velada de la mente. Esta imagen se hace cada vez más clara a medida que “la mente se despliega cada vez más”, hasta que el pensamiento se manifiesta en su propia forma, como reflexión o filosofía.

Éste, que es el curso natural de la vida individual, es también el curso natural y la historia de todas las naciones; con tal, dice Vico, que no haya desviaciones o interrupciones, como en el caso de Numancia, que fue oprimida en su pleno florecimiento por los romanos. Hay, por consiguiente, tres edades de las naciones, como hay tres edades en el hombre: la divina, la heroica y la humana. Así resume Natalino Sapegno, citando a Vico, este proceder triádico de la humanidad:

Hay, en paralelo, tres especies de derechos: el primero divino, en virtud del cual los hombres creen que “ellos y sus cosas son en razón de los dioses”; el segundo heroico, “o sea de la fuerza, aunque ya prevenida por la religión, que es la única que puede mantener a raya a la fuerza”; el tercero humano, “dictado por la razón humana, desarrollada por completo”; tres especies de gobiernos: teocrático, aristocrático y humano (éste se divide en república popular y monarquía);² tres especies de lenguas: “por actos mudos religiosos, o sea por ceremonias divinas”, “por empresas heroicas”, “por idiomas articulados”; tres especies de autoridad: “la primera divina, por la cual no se pregunta la razón de lo que se ordena; la segunda heroica, fundada toda en las solemnes fórmulas de las leyes, y la tercera humana, fundada en el crédito de personas experimentadas, de singular prudencia en los asuntos de acción, y sublime sapiencia en las cosas del intelecto” (Sapegno, 1965: 317).³

En el nivel de civilización, la triada se puede expresar en los siguientes términos: primero es la barbarie, después la fase de las leyes y luego la de la civilización; en términos de evolución psicológica tenemos primero la época de la fantasía, después la del sentimiento y por último la etapa de la razón; en relación con el lenguaje, primero es la fase de la poesía, luego la de la prosa y por último la de la filosofía. Lo interesante es que cuando se ha agotado la serie de esos momentos ideales, la Humanidad recomienza su camino, y vuelve a recorrerlo con fuerzas renovadas y mayores. Así, de la extrema perfección civil vuelve a surgir la barbarie. Ésta trae consigo una nueva experiencia poética, que hará evolucionar su sociedad, tornándola más madura, hasta que llegue a ser una civilización reflexiva y filosófica.

² Es importante señalar que, políticamente hablando, ya Vico señala la posibilidad de la república popular a lado de la monarquía, como forma de gobierno madura de la humanidad, en años aún muy lejanos de la revolución francesa.

³ Me guío por la edición italiana (Sapegno, 1954: 382) para retocar la traducción, que presenta omisiones y deficiencias.

4. *Las repercusiones del pensamiento de Vico*

Este idealismo historicista no dejó de tener un fuerte influjo en las actitudes y filosofías de la historia de patriotas y escritores italianos de la talla de Foscolo y de Manzoni, en especial de este último, quien al reconocimiento del papel del hombre como constructor de la historia no deja de agregar, sin embargo, un matiz consistente en un más decidido y católico providencialismo de corte medieval y un finalismo trascendental que evita la teoría de los ciclos o recomienzos, a cambio de dejar claro el papel real e incuestionable de Dios en las acciones humanas a nivel tanto individual como colectivo o nacional, tal como se desprende de sus ensayos históricos y en especial de la lectura de *I promessi sposi*.

Independientemente de los aciertos, de las fallas y las contradicciones señaladas por muchos en el sistema viquiano, y de la valoración actual sobre la obra de Vico, que comenzó a ser positiva con el romanticismo y que se consolidó en el siglo XX con Benedetto Croce y su tratado *La filosofia di Giambattista Vico* (1911), son éstas las dos razones (entre otras) que, en nuestra opinión, justifican —en nuestros días tan necesitados de un constante re-examen del pasado ora en filosofía, ora en historiografía, y ora en estética como en crítica literaria— el no olvidarlo a él como escritor, como tampoco podemos olvidarnos del *Settecento*, el siglo en que le tocó vivir.

5. *El profundo concepto del progreso histórico de Vico*

El historicismo viquiano contrasta con el espíritu cartesiano y con su abstracto racionalismo, desdeñador de lo pasado. En Vico, en efecto, la sucesión de los acontecimientos no es obra de la casualidad ni tampoco se produce de una manera arbitraria. Aunque también es cierto que tampoco está regulada desde fuera, según los fines de una voluntad trascendente. En la *Scienza nuova* puede reconocerse el despliegue de un principio íntimo, que es a la vez natural y divino, es la Providencia, superior a la voluntad y a la conciencia de los individuos, pero que al mismo tiempo opera y se manifiesta a través de los actos, los instintos y las pasiones de los hombres. En ese profundo concepto del progreso histórico hallan su justificación, y también su límite, la guerra, el duelo, la razón de Estado y la utilidad económica, los conflictos entre las clases sociales y las construcciones políticas de los hombres, es decir, todo cuanto puede considerarse la historia y su dialéctica.

6. La importancia estética de Vico

Al haberse interesado de una forma tan nueva e intensa en el problema de las civilizaciones primitivas, y de las formas espirituales correspondientes a ellas, o sea la lengua, el mito y la poesía, Vico es importante para la historia de la estética. En este campo, Vico descubrió la actividad de la fantasía, que él por vez primera —recogiendo las inconscientes y confusas exigencias de la poética italiana de los siglos del XVI al XVIII, desde la poética barroca hasta la poética arcádico-neoclásica— definió claramente en su carácter y en su extensión. Pues la fantasía es para Vico la primera forma del conocimiento, forma intuitiva y a-lógica, anterior e independiente del raciocinio, desconocedora de formas abstractas y sólo apta para formar imágenes corpóreas. Además, los poetas son “el sentido”, y los filósofos son el “intelecto del género humano”; los poetas corresponden a la época de la barbarie, la primera en la evolución de un pueblo o de una civilización, y los filósofos corresponden a las épocas de la reflexión, la última; los unos representan la niñez, los otros, la madurez de las naciones.

Aunque posteriormente se ha afirmado que Vico sólo se acercó con precisión a la poesía relacionada con los mitos o que trabaja con ellos, como la de Homero, es indudable que con sus ideas inaugura el concepto romántico de la poesía. De allí que, acaso en forma exagerada, establezca una separación tajante entre la fantasía y la razón, debido a que éste era el modo de atenuar o de rechazar todas las poéticas intelectualistas de su tiempo, comenzando por la de Nicolás Boileau (1636-1711), quien llena con sus cartabones la segunda mitad del *Seicento* y por lo menos la mitad del siglo XVIII. Tampoco es hoy algo tan absoluto como él lo afirmó, la separación entre la imagen y el concepto, y entre la poesía y la lógica (o las impostaciones intelectuales), como se podrá derivar fácilmente del estudio atento de algunos de los grandes poetas del *Ottocento* y del *Novecento*, como Mallarmé, sobre todo el reflexivo y totalmente hermético Mallarmé de “Golpe de dados” y de “Igitur”, o el Eugenio Montale de *Le occasioni* y de *La bufera e altro*, o en la poesía mexicana contemporánea, el José Gorostiza de *Muerte sin fin* o los espléndidos trabajos tanto poéticos como ensayísticos de Octavio Paz.

En esta perspectiva, Vico es plenamente revalorable, tanto filosófica como estética y poéticamente hablando. Al haber evidenciado que la poesía es completamente fantástica, puede ser considerado como precursor del romanticismo, del simbolismo y hasta de las vanguardias contemporáneas, es decir de aquellos movimientos que Marcel Raymond ha rese-

ñado en su bello y erudito tratado *De Baudelaire al surrealismo* (1983). Además, si, como afirma Vico y después lo han confirmado muchos, el lenguaje tiene un origen espontáneo como creación de imágenes y nace a manera de canto y desahogo apasionado de los hombres primitivos; pero si al mismo tiempo el lenguaje (puesto que evoluciona constantemente hacia la reflexión y el *logos* filosófico) tiende a expresar un conocimiento sobre el mundo, entonces podemos deducir que, a pesar de que muchos todavía pretendan negarlo, la poesía es también conocimiento. En este sentido, Octavio Paz como asertor de esta misma verdad, tiene un antecedente ilustre en Vico; y Vico puede considerarse un digno y genial antepasado filosófico de la escritura automática de los surrealistas.

Obras citadas

- CASSIRER, Ernst. 1959. *El siglo de la Ilustración*. Trad. Eugenio ÍMAZ. México: FCE.
- DE SANCTIS, Francesco. 1959. *Storia della letteratura italiana*, vol. 2. Introduzione di Luigi Russo e a cura di Maria Teresa LANZA. Milán: Feltrinelli.
- MAYER, Arno J. 1997. *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*. Trad. Fernando FUENTES FONTENLA. Barcelona: Altaya.
- RAYMOND, Marcel. 1983. *De Baudelaire al surrealismo*. México: FCE.
- SAPEGNO, Natalino. 1954. *Storia della letteratura italiana*. Florencia: La Nuova Italia.
- _____. 1965. *Historia de la literatura italiana*. Trad. Juan PETIT. Barcelona: Labor.
- VICO, Giambattista. 1968. *La Scienza nuova e opere scelte di Giambattista Vico*, a cura di Nicola ABBAGNANO. Turín: Unione Tipografica Torinese.